La historia de la filosofía antigua y media La historia de la filosofía antigua y media

Por otra parte, tampoco parece oportuno el tratamiento de algún aspecto de su pensamiento por separado, con el pretexto sin duda legítimo, por otra parte, de poder analizarlo un poco más en profundidad. Esta es la razón por la que no vamos a referirnos tanto al contenido doctrinal directamente, cuanto a una serie de consideraciones en torno a él que pretenden hacerlo más asequible, y que quizá no sean tan frecuentes en los manuales de historia de la filosofía. Nos fijaremos especialmente en el punto acaso menos tratado, que es el de su filosofía de la historia. Ante todo hay que decir que San Agustín es un hombre comprometido con su tiempo, con su situación histórica. Todas las peripecias de la época encuentran resonancia en él, y ningún acontecimiento de relieve le pasa inadvertido o le deja indiferente. Su obra es, en este sentido, testimonio y doctrina.

y quizá antes lo primero que lo segundo. Pero este interés vital por el entorno sociológico no le impide trascender el presente y tomar conciencia de la dimensión histórica del hombre. Su preocupación por los hechos no disminuye su preocupación por las normas. Y hay que tener en cuenta que los hechos históricos que vivió San Agustín son especialmente relevantes. Primero, se trata del desmoronamiento material y espiritual del mundo antiguo. Es el declive y la disolución de una cultura, de una cosmovisión y de unos valores que habían alcanzado cotas de esplendor difícilmente igualables. Es una crisis profunda de identidad en todos los aspectos culturales que poco a poco irá siendo sustituida o superada por el nuevo ámbito espiritual del cristianismo. San Agustín vive una época de desmoronamiento. Es una época de encrucijada. Es el paso de la edad antigua a la edad media.

Su propio pensamiento refleja esta transición, hasta el punto de que los historiadores han dudado en ascribirlo a una u otra época. En realidad hace de puente entre ambas. Comparte con los antiguos los problemas que ya habían salido al paso a todos los padres de la Iglesia y que derivan de una dificultad común, la de revestir el mensaje cristiano de un ropaje intelectual presentable, capaz de satisfacer decorosamente no sólo a las gentes sin cultura, sino también a los sabios y cultivados en la tradición helenística y romana. Pero de otra parte se aprecian en su pensamiento rasgos de modernidad. Que no serían comprendidos y valorados hasta épocas muy posteriores. Para San Agustín, como para todos los pensadores cristianos de su época, la filosofía no es un saber autónomo que haya de buscarse por sí mismo y tenga sentido propio. Sus preocupaciones intelectuales son las que más se han visto en la historia.

el objeto de su investigación, no hay que buscarlo en el campo de la filosofía, sino en el de la teología. Son en realidad teólogos, y sólo en la medida en que una ciencia teológica es imposible, sin en algún tipo de argumentación racional, se les puede llamar también filósofos. Se diría que son teólogos que se ven obligados a filosofar, incluso a veces a pesar suyo. Porque aunque la finalidad que persiguen en su quehacer intelectual esté centrada en la explicación y aclaración, hasta donde sea posible, de los dogmas cristianos, es evidente que en su discurso se pueden extraer conceptos, estructuras y métodos que se pueden calificar de filosóficos en el más estricto y riguroso sentido del término. El pensamiento de San Agustín es, por lo tanto, indisolublemente filosofía y teología, y sería un grave error valorarlas por separado.

Es un pensamiento concreto que expresa con profunda sinceridad sus intensas experiencias personales. Para su modo de ver, podría decirse con todo derecho que la verdadera filosofía es el cristianismo, y por la misma razón podrían calificarse las escuelas paganas de filosofía como teologías falsas o defectuosas. Pero San Agustín no adopta frente a la filosofía grecolatina la postura negativa de un tertuliano o un lactancio. Tiene el suficiente buen sentido como para huir de toda exageración maniquea y admitir que incluso los que no viven conforme a los principios cristianos pueden ser buenos científicos, que la ciencia no es, al menos totalmente, partidista. La verdad con mayúscula es el centro en torno al cual gira toda su vida, primero empeñado en su búsqueda, hasta que en su conversión cree descubrirla y luego en su descanso. La verdad con mayúscula es el centro en torno al cual gira toda su vida, primero empeñado en su búsqueda, hasta que en su descanso.

y desde entonces se dedica con todas sus energías a explorarla. En esta búsqueda de la verdad, como él mismo nos cuenta en repetidas ocasiones, atraviesa sucesivamente por la enseñanza de los maniqueos, el escepticismo total de los académicos y las doctrinas de Platón y los neoplatónicos. La huella que tan variadas filosofías había dejado en su espíritu no se borra con su conversión, y en la mayor parte de sus libros polemiza con ellas con la autoridad que le confiere el haberlas conocido tan a fondo. Precisamente del esfuerzo intelectual por poner de manifiesto y refutar los errores de dichas doctrinas van a cobrar forma los hallazgos filosóficos más profundos de San Agustín. Y así, al doble principio del bien y el mal de los maniqueos, opondrá él su ontología de la esencia, en la que el bien y el ser se identifican, quedando el mal desprovisto de todo alcance ontológico.

como la negación o privación del ser. El escepticismo de los académicos es ampliamente refutado, primero negativamente por el absurdo de sus propias conclusiones, y en segundo y más importante lugar a través de su teoría gnoseológica del iluminismo. Ni la evidencia de los hechos de conciencia, ni la universalidad de las verdades matemáticas, por ejemplo, pueden ser objeto de duda para nadie, y en última instancia, la validez del conocimiento viene avalada por una especial acción divina que permite a nuestro entendimiento descubrir la verdadera realidad de las cosas. Finalmente, las doctrinas neoplatónicas en que se inspiró sin duda para superar las dos etapas anteriores son también superadas por la perspectiva cristiana en la que se coloca San Agustín. Sería insensato negar el enorme legado conceptualista que Agustín recoge de la escuela platónica.

pero no lo sería menos la negación del abismo igualmente conceptual que les separa. Antes que platónico, Agustín es cristiano, y si se hace eco de conceptos platónicos es porque cree ver en ellos la expresión más fiel de las verdades cristianas. Su platonismo está en función de su fe. Cada una de estas tres fases apuntadas pueden considerarse como otros tantos ámbitos en que el autor, inspirándose esta vez en los estoicos, divide la filosofía, o más bien la ciencia o el saber en general. La física, más bien metafísica en este caso, la lógica o teoría del conocimiento, y la ética. Se trata, por lo tanto, del primer sistema filosófico completo, llevado a cabo por un intelectual cristiano. Hasta ahora, entre los padres de la iglesia, solamente se habían elaborado filosofías fragmentarias.

Y por otra parte, se trata de un pensamiento tan rico en sugerencias que durante muchos siglos los filósofos medievales apenas hacen otra cosa que comentar y matizar doctrinas de San Agustín. Y como suele suceder en estos casos, la aclaración y el comentario desvirtúan

y falsifican con frecuencia la doctrina original. Tal es el caso, por ejemplo, del agustinismo político de la Edad Media. Incluso hay puntos básicos de su doctrina en los que San Agustín no tiene continuadores inmediatos, como ocurre con el método introspectivo que emplea al analizar el tiempo o la imposibilidad de dudar de la propia existencia. El compromiso de la fe y la idea de creación, desconocida para los griegos, marcan, se dice comúnmente, la distancia insalvable que separa a San Agustín del platonismo. Pero en una perspectiva...

En una perspectiva más filosófica habría que señalar también como diferencia básica la concepción de la historia que acapara la atención del autor durante gran parte de su vida de pensador cristiano. Piénsese que su libro La ciudad de Dios, en el que expone su teoría al respecto, tardó trece años en escribirlo. Señalaremos brevemente algunos rasgos que parecen de utilidad para la comprensión de este punto. Se ha dicho con gran agudeza que en las confesiones toma por primera vez conciencia de sí el hombre, y en La ciudad de Dios toma conciencia de sí la humanidad. Efectivamente, el hombre como ser individual es el protagonista de esa prodigiosa obra autobiográfica, de una penetración psicológica inconcebible para su época, que es su libro de las confesiones. E igualmente es la humanidad en cuanto tal la que protagoniza. La humanidad es el protagonista de esa historia universal que también el autor comienza a vislumbrar por medio de la historia.

vez primera. En ambos casos se trata del individuo total y de la humanidad total, considerados en todas sus dimensiones. Hemos dicho que para el autor la filosofía está en función de la teología y de la fe, y otro tanto cabe decir de su concepción de la historia. Es una mezcla de historia sagrada y profana, de historia y teología asociadas funcionalmente, en la que lo importante no es la averiguación de hechos ni la investigación de nexos y relaciones entre ellos. Lo que se pretende es buscar el sentido trascendente de tales hechos, poner de relieve la providencia divina que está presente en todos y cada uno de los acontecimientos históricos, por insignificantes que sean. Ciertamente la concepción agustiniana tiene muy poco o nada que ver con la moderna concepción de la historia. Incluso habría que decir que en esta línea está llena de gravísimos errores.

valores cronológicos. Pero todo ello no empaña en absoluto su valor y el enorme avance cultural que supone. El mérito de San Agustín no está ciertamente en haber descubierto la historia como género, esto es evidentemente exagerado y falso, sino en haber sido consciente de la dimensión histórica del hombre, en haber intuido este ámbito que haría posible tal descubrimiento. La ciudad de Dios no es un tratado de historia, ni siquiera de filosofía de la historia, sino una visión de la historia desde el cristianismo, si se quiere, una filosofía cristiana de la historia, o una teología en la que el acento no se pone en la depuración de los hechos, sino que estos sirven de pretexto para vertebrar una cosmovisión centrada en el mensaje cristiano. Los paralelismos que se presentan en el mundo de la historia son los que se presentan en la historia de la humanidad, como por ejemplo entre Caín y Abel y Rómulo y Remo, o entre el diluvio universal,

y la destrucción de Roma, ponen de manifiesto cuál era la finalidad perseguida por el autor, e igualmente aceptan la gran distancia que le separa del historiógrafo moderno. Pero toda gran obra desborda las previsiones de su autor, y así en la ciudad de Dios nos encontramos no sólo con una interpretación teológica de la marcha de la humanidad a través de los tiempos, que habría sido sin duda el objetivo propuesto, sino con una concepción completa del hombre y la sociedad en la que se plantean cuestiones políticas, jurídicas y sociales con

tan extraordinaria penetración que aún tienen vigencia y actualidad en muchos puntos. San Agustín es, sin lugar a dudas, un espíritu universal. La magnitud de su genio lo levanta muy por encima de todas las figuras significativas de su época, y aún de la mayor parte de las de todo el pensamiento cristiano.

Y es su formidable poder de intuición el que consigue forjar por vez primera una concepción orgánica del mundo, del hombre y de Dios en la que ni siquiera falta la que acaso sea la primera filosofía de la historia aparecida en Occidente.